

PRESERVAD LA TIERRA

José Vilches Palma

Capítulo VI

VI. ANTES DE LA PARTIDA.

Aquello parecía un auténtico rompecabezas de proporciones considerables.

En la reunión en pleno del Consejo, al día siguiente de la de Warren con el Supremo, se discutió el tema arduamente.

¿Se podría llevar a cabo el Proyecto H2O?

Las líneas maestras del mismo eran claras:

1º. Warren iría, junto con el equipo necesario, a un punto concreto del pasado terrestre.

2º. Abduciría a los tres mandatarios más importantes.

3º. Paso a paso, les mostraría el futuro de su planeta, exponiéndoles hechos determinantes del apocalipsis final.

4º. Finalmente con el plan «Preservad la Tierra», les apremiaría a llevarlo a cabo.

En principio todo parecía correcto, pero existían algunos inconvenientes dignos de mención, que ponían en peligro la viabilidad del proyecto.

1º. ¿Qué paradoja podría producirse si el equipo de exploración hallase un planeta Tierra bien conservado?

Este punto resultaba terriblemente peliagudo, puesto que podría darse el caso de que, con el traslado en masa de toda la población ducamita, los instigadores del proyecto jamás viesen los resultados... ¡El cambio de realidad que se esperaba era impresionante!

2º. Para poder estar seguros de que el cambio de realidad resultase mínimo, ¿habría de incluir en el Proyecto un 5º apartado, el cual consistiera en retrasar equis número de años al equipo de exploración?

3º. El informe médico de Warren era muy pesimista con respecto a su salud y su implicación directa, al tener que usar la cámara del tiempo, ponía en serio peligro su vida.

¿Resultaba conveniente enviarlo a él a pesar de que al conocer el riesgo continuó exigiendo su derecho a llevarlo a cabo?

Finalmente y ante lo desesperado de la situación, se llegó a la conclusión de que había que intentarlo...

Comenzaron a realizarse los preparativos, cuidando hasta el más mínimo detalle.

* * *

El aeromóvil se detuvo a un lado del camino y Warren descendió. Un interminable prado se extendía hasta el horizonte. En algunos puntos se podía observar multitud de ganado, pastando apaciblemente. Cerca, muy cerca, una gran casa de campo. El sol se encontraba en su cenit y el calor resultaba agobiante; no obstante, el joven avanzó hacia la casa, notando el frescor de la hierba que lo invadía todo. Cuando se plantó ante la puerta, pulsó el timbre y aguardó unos segundos. Al no obtener respuesta se decidió a llamar de viva voz.

-Profesor Weldon...

Silencio. Volvió a intentarlo.

-Profesor Weldon, soy el señor Warren. Miembro del Consejo de Ducam, un admirador suyo... He venido desde Metrópolis hasta aquí para hablar con usted y proponerle un asunto.

La puerta se abrió muy despacio, con un débil chirrido. Tras ella apareció la figura de un ser decrepito, con la mirada perdida y postrado en una silla de ruedas... ¡Era Weldon!

Warren permaneció unos segundos estupefacto. Desde luego no esperaba aquello; él había conocido, por los documentos de Base Esperanza, a un profesor Weldon vital y la realidad actual era muy diferente. ¡Ese gran cerebro se había convertido en un vegetal! La funcional robot, encargada de atender al profesor en sus necesidades básicas y que ahora se encontraba tras la silla de ruedas, lo sacó de su ensimismamiento:

-Señor Warren, bienvenido en nombre del señor Weldon a Naturápolis; mi nombre es Otta, ¿quiere pasar? -su voz era de tonalidad metálica, su aspecto de muchacha joven criada en contacto con la naturaleza, con la piel curtida por el sol y densos cabellos negros, vistiendo un sencillito mono color verde oliva. La voz y los ojos desprovistos de esa luz llameante llamada vida, la delataban como un producto manufacturado en Energópolis.

Warren entró en la casa. Mientras era conducido al salón de las visitas, observó que las paredes estaban llenas de títulos, trofeos y recuerdos fotográficos acumulados a lo largo de su laureada vida como científico. Se preguntó si era justo terminar una vida tan intensa, cualquier vida en realidad, de la manera en que se estaba acabando la de Weldon.

-¿Hace mucho tiempo que está en este estado? -dijo Warren.

-Concretamente siete años, dos meses, quince días y... -respondió Otta.

-Vale, vale -cortó Warren-. Siete años.

Por un mágico instante le pareció que el profesor dejaba su eterno mutismo, ante la estúpida perfección de la robot, para enarbolar una amplia sonrisa. No, su rostro permanecía tan pétreo como siempre... ¡su efervescente imaginación le había jugado una mala pasada!

Entraron en el salón y Warren quedó anonadado. Aquel rincón de la casa estaba decorado por completo como si se tratara del puente de mando

de una astronave. Diez pantallas, ocupando la pared frontal, presumiblemente conectadas a señales vía satélite, puesto que en ellas se podían ver imágenes de varios puntos de Ducam e incluso del satélite natural Duc. También había un pequeño laboratorio.

Otro de los paneles de la pared albergaba una librería de brillante aluminio, atestada de libros y revistas de carácter científico. En una de las esquinas había la clásica chimenea, una mullida alfombra y dos cómodos butacones.

Warren, ante una indicación de Otta, se acomodó en uno de ellos. La robot colocó a Weldon frente al joven y se dispuso a informarle:

-Señor Warren, usted ha venido explícitamente para hablar con el señor Weldon. Lamento que no pueda intercambiar una sola palabra con él, ni tan siquiera puede esperar un gesto o algo similar por su parte. Una cosa es segura, todo cuanto usted le diga lo entenderá perfectamente. Bien, les dejo a solas -fue la mecánica despedida de Otta.

Warren estaba desalentado, helado; las motivaciones que lo habían llevado hasta aquel apartado lugar de Naturópolis, se habían difuminado al comprobar el estado actual del profesor. Este parecía impasible y ausente, aunque sin duda aguardando el soliloquio que el joven miembro del Consejo tenía que ofrecerle.

¡Estaban allí, sobre la repisa de la chimenea...! Se trataba de una nostálgica fotografía del equipo de exploración. En ella se veía a Weldon, Harold, Garry y Nash descendiendo por la pulida rampa de salida de la astronave.

Warren se puso en pie e instintivamente la acarició con las yemas de los dedos: *-¡todos están muertos!*- pensó. Weldon no lo estaba pero su estado vegetativo dejaba mucho que desear.

El joven volvió a sentarse ante el profesor y comenzó a hablar:

-Señor Weldon... profesor Weldon, permítame que me presente: mi nombre es Warren, soy Miembro del Consejo de Ducam... -se le hizo un nudo en la garganta, empezaba a encontrarse mal e incluso su voz dejaba entrever un leve temblor- ... Lamento... siento hallarle en este deprimente estado... Soy un profundo admirador de ustedes -dijo señalando la fotografía que descansaba sobre la chimenea- del gran equipo de exploración que descubrió el planeta Tierra.

Se detuvo unos segundos con la esperanza de vislumbrar algún gesto, un rictus, un arqueamiento de cejas, algo ¡por el amor a Ducam!, algo... Nada.

-He estudiado concienzudamente sus trabajos y hallazgos arqueológicos, he trazado un proyecto... Ustedes encontraron un planeta desértico; me propongo cambiar la historia, crearé una gran paradoja. En esta nueva realidad hallarán un planeta Tierra muy similar al actual Ducam, pero realmente, lo que me ha traído aquí es su persona. Yo quería que usted me acompañara en esta aventura en calidad de único ducamita con vida que ha pisado aquel lejano mundo, pero... -Warren realizó un gesto harto elocuente-... de veras, lo lamento.

Se puso en pie, visiblemente compungido y se dirigió raudo hacia la salida.

A medio camino entre la casa y el aeromóvil pudo escuchar la potente y metálica voz de Otta, que le decía:

-Adiós señor Warren. Vuelva a visitarnos cuando lo desee.

* * *

El lago era hermoso, de aguas cristalinas y estaba rodeado de un frondoso bosque de álamos. Desde la orilla, donde se encontraba Warren en compañía de su padre, se podía ver cómo una familia de cisnes disfrutaba de su hábitat natural.

Su padre, Olof, iba vestido con altas botas de goma y un mono de color caqui. Puesto que la temperatura resultaba agradable, no llevaba encima nada más; su aspecto físico irradiaba vitalidad aunque delataban su edad unas pequeñas arrugas en el rostro y su cabello canoso. Olof se introdujo en el agua hundiéndose ligeramente en el fango, al tiempo que indicaba a su hijo:

-Este era el nivel del agua la última vez que nos visitaste, hace ahora dos años -lo dijo señalando un listón de acero inoxidable que estaba clavado en el fondo del lago y que tenía impreso, a todo lo largo del mismo, el sistema métrico decimal-. ¡Ha descendido casi medio metro!, es mucho, ¿no te parece?

Warren asintió con gravedad.

-A propósito, ¿cómo es que has tardado tanto en dejarte caer por aquí? -interrogó Olof.

-Trabajo, padre... -respondió Warren sonriendo- mucho trabajo.

-¿Relacionado con la Gran Sequía? -preguntó el viejo saliendo del agua.

-En efecto... las cosas están mal. ¡La prueba la tienes en tu listón!

-Ya lo creo -dijo el padre pensativamente-. En los últimos tiempos hemos observado mucho movimiento por estos lares...

-¿Movimiento? -preguntó Warren, sin darle tiempo a concluir la frase.

-¡Sí!, gente de Metrópolis; llegan a montones todos los días, se van instalando, silenciosamente, en los lugares de Naturápolis donde existe más cantidad de agua... ¿tan fuertes resultan las restricciones allí?

-Realmente sí que lo son.

-¿No va a hacer nada al respecto el Consejo?

-¿Al respecto de las restricciones o al éxodo de los metropolitanos?

-A lo segundo.

-Es todo muy complicado, padre...

-¡Pues no debería serlo tanto! -casi gritó Olof-. No pueden venir aquí para establecerse, no se debe romper el orden de Ducam. ¿No tiene cada ducamita su lugar en el planeta?, ¿vamos nosotros a robarles su preciosa ciudad...?

-No creo que merezca la pena sulfurarse -dijo Warren, intentando calmarle.

-Dice Sammy y yo le apoyo, que los directores de centros agrícolas y ganaderos deberíamos crear unas fronteras en Naturópolis. Estamos convencidos de que, si no lo hacemos ahora, pronto nos veremos invadidos...

-¡Padre! -exclamó Warren- una cosa es el orden establecido y otra muy distinta lo que vosotros proponéis. Ducam pertenece a todos.

El viejo Olof era obcecado y prefirió marcharse antes que discutir con su hijo. Lo dejó allí plantado con un palmo de narices. Warren observaba a su padre alejarse entre los árboles, en dirección a la casa, cuando escuchó la voz de Karen.

-Warren... ven a bañarte.

El joven se giró y pudo verla a bordo de una pequeña barca de remos. Iba acompañada de Maris, la madre de Warren; ambas vestían sucintos bikinis. Esta última alzó la mano en señal de saludo, al que su hijo correspondió. La compañera afectiva de Warren, sin esperarle, se arrojó de cabeza al agua.

-¡Cariño! -gritó Warren- lo siento mucho, pero no me apetece nada un baño; vuelvo a la casa, tengo que continuar discutiendo con el viejo... Acabad pronto, no creo que tarde en estar preparada la cena...

* * *

Koc, el robot mayordomo de los padres de Warren, estaba sirviendo los postres.

-¡Supongo que ya está decidido! -exclamó Maris-. Hijo, ¿no hay nada que te haga dar marcha atrás?

-Ducam necesita esta oportunidad por encima de todo -susurró Warren.

-Si la misión en la Tierra se extiende en el tiempo, puedes morir sin concluirla -intervino Olof.

-Me parece que no acabáis de entender la situación -explicó Warren-. La verdadera cuestión reside en que si los terrestres preservan la Tierra, el equipo de exploración encontrará ésta en perfecto estado. A partir de ese momento la historia cambiará... cambiará de forma impredecible para todas las personas, pero obtendremos el agua. Y ni una vida, ni un millón valen nada antes esa perspectiva.

Las estremecedoras palabras provocaron un silencio sepulcral, que Karen decidió romper.

-He decidido irme a trabajar como voluntaria a Energópolis en el servicio de mejora de los niveles de contaminación.

-¡Karen! -exclamó Warren-. No puedes abandonar tu trabajo de escritora. Piensa en tus lectores... Se calló al darse cuenta de que estaba

intentando hacer cambiar de opinión a Karen y anteriormente a sus padres, precisamente cuando él mismo se mostraba incapaz de retroceder en sus drásticas decisiones.

La velada concluyó con una emocionante despedida entre lágrimas.

Autor: José Vilches Palma (1967-2009); Cornellà de Llobregat, Barcelona, España.

***Preservad la Tierra*, Capítulo VI. Novela publicada originalmente en el libro de mismo título de la colección Espiral CF, núm. 8.**

La familia del autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:

Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.